

(Geo)política en tiempos de incertidumbre
Bruno LATOUR. *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2019, 171 pp.

En este ensayo Latour propone una hipótesis de política ficción. Analiza la relación existente entre los tres principales fenómenos de nuestra actual situación histórica: la globalización transformada en desregularización, la explosión de las desigualdades y la negación sistemática de la mutación climática, donde «clima» engloba a todas las relaciones de la humanidad con sus condiciones materiales de existencia.

El aumento acelerado de las desigualdades y la importancia de las desregulaciones no se pueden comprender sin la idea de que nos encontramos en un nuevo régimen climático. Tampoco la crítica a la mundialización ni el regreso a los Estados nacionales auspiciados por los llamados nuevos populismos pueden entenderse sin esta idea, puesto que las élites solo quieren ponerse a salvo fuera de un mundo común ausente. La clase dirigente se ha dado cuenta de que para sobrevivir debe renunciar a la idea de un futuro común, ya que la amenaza ecológica es evidente y real. En la Tierra ya no queda espacio para ellas ni para el resto de nosotros.

Así, el autor indaga cómo orientarse para poder encontrar un lugar donde poder aterrizar. Dibuja un mapa de los puntos de vista impuestos por esta nueva situación y determina lo que realmente está en juego, superando las dicotomías izquierda-derecha o nacional-global: cómo puede la humanidad habitar nuevamente la Tierra.

Cuatro acontecimientos históricos recientes han destruido el ideal de un mundo compartido: el Brexit, la elección de Trump, el acrecentamiento de las migraciones y, el más importante, el acuerdo sobre el clima de París: la cumbre COP21. Una vez firmado este acuerdo, señala el autor, los países comprendieron que sus planes de modernización eran totalmente incompatibles con la existencia del propio planeta. Dicho de otra forma: «O bien negamos la existencia del problema, o bien buscamos dónde aterrizar» (p. 18).

En estos momentos, el problema de las migraciones afecta a todo el mundo por la caren-

cia universal de tierra habitable que compartir. Verse privado de suelo se ha convertido, por tanto, en la nueva universalidad y la única salida posible que se vislumbra es «descubrir entre todos qué territorio es habitable y con quién compartirlo» (p. 23).

Es ineludible además no confundir la mundialización-más, en la que se multiplican y enriquecen los puntos de vista, con la mundialización-menos, la globalización, que hasta ahora ha supuesto la imposición de una visión unitaria y excluyente del mundo. El planeta es demasiado complejo para intentar entenderlo solo desde la perspectiva unitaria global o solo desde la mirada local.

Latour propone esta hipótesis: ante la evidencia de esta crisis climática las élites han decidido quitarse el peso que les supone el lastre de la solidaridad. Las clases dirigentes mundiales han llegado a la conclusión de que no hay un futuro compartido para todo el mundo en este planeta y han construido sus fortalezas doradas. De ahí que la ferocidad de la desregularización, la explosión de las desigualdades, el abandono de la solidaridad y la negación del cambio climático «han hecho de la modernización una decisión arbitraria tomada en favor de unos cuantos» (p. 36). Además, el abandono de un mundo común produce desconfianza en los hechos objetivos por la quimera epistemológica del negacionismo.

Estas características del mundo actual lo sitúan fuera de la modernidad apresada entre los polos de atracción de lo Local y lo Global, de lo antiguo a lo nuevo. Latour identifica dos nuevos polos necesarios para una identificación adecuada: el Fuera de Suelo, que se sitúa fuera de la realidad, llegado tras la irrupción del trumpismo y el polo de atracción Terrestre. Este último define una nueva orientación geopolítica, donde lo Terrestre, el prefijo «geo», aparece como un nuevo actor político. La Naturaleza, el telón de fondo donde transcurría la historia de las acciones de la humanidad, se ha transformado en agente político en el teatro de la realidad y reacciona a las acciones de los hombres: «Esto cambia todos los libretos y sugiere nuevos desenlaces. Los humanos ya no son los únicos actores...» (p. 68).





La naturaleza ha dejado de ser un mundo (moderno) compuesto por objetos galileanos inanimados, por recursos exteriores explotables para la producción industrial, y se ha convertido en un mundo compuesto por agentes lovelockianos, donde los seres vivientes del sistema tierra son parte activa en el conjunto de fenómenos bio- y geoquímicos. Un mundo compuesto por objetos no resiste de la misma manera que un mundo compuesto por agentes. Esta concepción de las ciencias naturales como la propuesta por Lovelock o Humboldt, que tiene en cuenta la agencia de la vida, nos haría comprender la reorientación política que significaría no excluir ninguna de las actividades necesarias para nuestra existencia.

Las ciencias que se centran en el estudio de todo lo que hay que conocer de lo Terrestre tienen funciones políticas que las demás ciencias naturales no poseen. Es en lo Terrestre donde se desarrolla la existencia de todos los seres con agencia, lo que se conoce como Zona Crítica, una zona de pocos kilómetros de espesor entre las rocas más profundas y la atmósfera. Por eso, esta frágil corteza del planeta y no la naturaleza genérica es el teatro donde se desarrolla lo Terrestre, «que designa la acción conjunta de los agentes conocidos por las ciencias de la Zona Crítica, agentes que luchan por la legitimidad y la autoridad contra innumerables partes implicadas en intereses contradictorios...» (p. 118). Enfocar nuestra atención de la naturaleza hacia lo Terrestre, propone el autor, podría finalizar la desconexión de la política con la amenaza de la crisis climática. Lo Terrestre como un actor con un papel político manifiestamente diferente del que se le había asignado a la naturaleza de los modernos. Esto supondría pasar de analizar los sistemas de producción tradicionales a los sistemas de generación que sitúan como centralidad a agentes, actores y seres animados que poseen diferentes capacidades de reacción. Se pasaría de producir bienes solamente para los humanos usando los recursos naturales a generar terrestres, es decir, beneficiar a todos los seres que conforman lo Terrestre y no solo a los humanos. Los sistemas de producción y de generación entran en conflicto cuando se toma conciencia de los límites de la Zona Crítica para alojar el desarro-

llo de la modernidad: «Afirmar “somos terrestres en medio de terrestres” no conduce en absoluto a la misma política que afirmar “somos humanos en la naturaleza”» (p. 126).

Qué podemos hacer, se pregunta el autor, una vez descubierto el problema; pues, sobre todo, volver a investigar, describir e inventariar los terrenos de vida de todos los componentes de lo Terrestre. Conocer con exactitud de qué «depende un terrestre para sobrevivir y preguntándose cuáles son los otros terrestres que comparten esa dependencia» (p. 135).

Ya que aterrizar es aterrizar en alguna parte, Latour confiesa que él quiere tomar tierra en Europa. «Europa tiene todas las virtudes de sus defectos» (p. 142) y debe reapropiarse el curso de su historia. Es en Europa, argumenta, donde pueden confluir las tres grandes cuestiones que definen nuestra actual situación histórica: ¿cómo eludir la mundialización-menos? ¿Cómo asimilar la reacción del sistema tierra ante las acciones humanas? ¿Cómo organizarse para amparar a los refugiados?

En este libro, Latour reúne la mayoría de las preocupaciones del presente y del futuro próximo, en un ambiente de incertidumbre, y propone una nueva relación entre la humanidad y el entorno necesario para su existencia. Sin embargo, parte de unas premisas para su análisis de la «nueva situación» que, desde mi punto de vista humanista y moderno, están desorientadas: nos encontramos en un nuevo régimen climático, fruto de una nueva edad geológica denominada Antropoceno en la que Gaia, como sujeto, reacciona para defenderse de la actividad humana.

Dejando de lado la generosa descripción latourdiana de clima, que según él todo lo abarca, podemos centrarnos en las otras dos premisas. Existe una gran controversia sobre si efectivamente nos encontramos inmersos en una crisis ecosocial antropogénica; es decir, si el novedoso concepto de nueva era geológica del Antropoceno se ajusta objetivamente a la realidad de nuestro planeta. Los datos a macroescala de los que se dispone, siempre interpretables, añadidos a la perspectiva histórica nos indican más bien lo contrario: en nuestro acontecer como especie nunca hemos disfrutado de unas condiciones de vida más propicias.

En cuanto al último argumento, la naturaleza ha asumido el rol de sujeto activo para defenderse del hostil ataque de las sociedades humanas, tiende a mezclar engañosamente la distinción entre sociedad y naturaleza con la distinción entre sujeto y objeto. Para Latour, todos los sujetos naturales, los organismos no humanos como virus o ríos, pasan a disponer de agencia y propósito, y reaccionan a la presión humana. Hay que admitir sin lugar a dudas que la agencia de la humanidad no es inocua y que conlleva cambios de todo tipo en el ambiente, en la Zona Crítica, y los organismos no humanos de la biosfera se han de adaptar a esos cambios. Pero ¿significa eso que esta adaptación al medio se puede interpretar como reacción con-

sensuada como un conjunto de sujetos activos y comunicados? A mi parecer no. Además, y este es el punto más relevante, como los humanos somos parte de la Zona Crítica participamos también en la adaptación al medio, pero de una forma singular. La humanidad es la parte de la naturaleza con capacidad para actuar en complejos grupos compuestos por grandes cantidades de individuos comunicados a través del lenguaje simbólico donde se desarrolla la política. Pero, aun así, la humanidad sigue perteneciendo a la naturaleza.

Andrés Manuel NÚÑEZ CASTRO
ULL. Grupo de investigación GRISON
DOI: <https://doi.org/10.25145/j.laguna.2020.47.010>

